

MANZANARES



Fiestas Patronales

Nuestro Padre Jesús del Perdón

Septiembre, 1998



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MANZANARES

Pregón 1998

Federico Gallego Ripoll



Buenas noches: Las primeras palabras en un acto de esta naturaleza deben ser de agradecimiento. Agradecimiento a Eugenio García-Pozuelo y a Teodoro Sánchez-Migallón por haberme invitado en nombre de la

Cofradía a prologar la fiesta, y agradecimiento a quienes habéis venido no a la llamada de mi pala-

bra, sino requeridos por la venerada presencia de Nuestro Padre Jesús del Perdón, al hermoso rito de abrir la ventana de su fiesta. Una de las enseñanzas más perdurables que he recibido a lo largo de mi vida ha sido la de la necesidad de agradecer, agradecer las cosas más importantes que ocurren de tanto en tanto, y las cosas más pequeñas, desgranadas día a día, porque tanto las unas como las otras podían no haber ocurrido: agradecer de corazón. Como manzanareño, me siento muy honrado al estar en esta tribuna, y lo agradezco quizás porque esta fiesta sea uno de esos tres o cuatro referentes que uno mantiene encendidos formando parte de la raíz de que se nutre. Con los ojos cerrados, aspirando los aromas del recuerdo, Manzanares es muchas cosas; pero en la distancia, cuando se siente acuciado por la melancolía y apela a la inmediatez del sentimiento: Manzanares es la vendimia, la torre de la iglesia siempre a lo lejos, las siestas infinitas, el cielo interminable, y Nuestro Padre Jesús del Perdón. Con este honor que se me brinda hoy me siento feliz: hoy no necesito apelar a la memoria, y lo agradezco.

Como también agradezco al poeta, que es hermano, Cristobalón de corazón inmenso, que se equivoque y loe a quien, sin duda, confunde en su hacendosa rebotica. Él me fía, fiándose del verso, la aspirina sutil de su palabra que me tomo confiado, pues

si buen boticario, aún es mejor poeta, y más que buen poeta es buena gente (con lo raro que es eso). Comprenderéis que no halle otra farmacia más adecuada para encontrar remedio a esta lírica y tonta taquicardia que in illo tempore ya me dictaminó don Emiliano. Bien está que la amistad le ofusque y pues, poetas somos, finjémonos mejores, que en el fondo, mejores somos si así lo deseamos. Gracias, Cristóbal, y que Dios te alumbre igual que lo haces tú con tus poemas.

Permitidle el pregón al pregonero
urgido por el tiempo y la memoria,
y permitid que al margen de la Historia
se os regale en su simple romancero.
Que para pregonar es lo primero
que la voz suene a río y suene a gloria,
que se alce sima a cima y pozo a noria
sin dejar la esperanza en el tintero.
Que es la esperanza la que nos congrega,
prestos a la vendimia y a la brega,
a envidar la ilusión en la partida.
Que es la fiesta esperanza renacida,
frutal por jaraíces y lagares;
y es preciso anunciar que a Manzanares
llega en Jesús el tiempo de la vida.

La vida, la fiesta, la rueda, la ruela, tejer y destejer, enjalbegar fachadas, pasar la revisión del coche que envejece, mirar cómo la bolsa te engorda las acciones o te adelgaza el parco rincón del por si acaso. La vida. Un hijo se te casa o un hijo se te muere. (Dar tierra al corazón debiera estar prohibido por decreto.) El curso, la cosecha, otra vez el verano, y otra vez el otoño, y ya la Navidad... Cómo gira la noria. Cada vez más deprisa. —Para Jesús la boda... (—¿Antes de la vendimia...?)... —¿Para cuándo la moto...? Para Jesús... (—¡Ya al final del verano!)... Nos mudamos para Jesús... ...Para Jesús iremos por el pueblo... que no sé cuántos años hace ya que no vamos... y si no es por el «Siembra» y por mi prima que todo me lo cuenta... Ya no conozco a nadie, ni nadie me conoce... La vida... Y nos tocamos, y nos sentimos firmes las lindes del no ser, y alzamos la mirada buscando por

el aire la respuesta a tanto miedo como conforma el cada día de quien se va sintiendo latir hacia la noche.

La vida es la rutina de ir acumulando experiencias que dan luz a las canas y brillo a los recuerdos, ir engordando o adelgazando el sentimiento gastándonos de usarnos, teniendo menos cada vez y siendo más. La vida es desdoblar ese yo paralelo, ese yo que conforma el amor que entregamos y el amor que nos dan, ese cuerpo de amor que es lo que somos, pues bien sabido es que ni un gramo de amor se desperdicia, que todo cuanto amamos revierte en nuestro ser engrandecido porque el cuerpo del amor no envejece, ni deviene en artrítico, ni muere nunca. Eso somos, fundamentalmente nuestra capacidad de amar, nuestra capacidad de ser amados.

Y es que el amor trasciende a cuanto late, y ocupa hasta su colmo toda vasija útil que a su paso se encuentre. Y nada hay que no sea capaz de contenerlo, que todo es para el amor continente adecuado. El amor es la respiración de Dios, de la misma manera que la luz es su olor. Y este amor que se hace presente de continuo, sin cesación posible, como un río vetusto que no se para nunca, precisa de recodos o cascadas o rápidos o grutas, parajes que subrayen su existencia. Más que el amor, somos nosotros con nuestra bien desarrollada capacidad de olvido, quienes lo precisamos.

La fiesta, toda fiesta, es un hito, una piedra en el curso de la vida, una señal que indica sencillamente el hecho de vivir como una proclamación de la experiencia, como un aquí estoy yo colectivo, que sitúa a toda una sociedad en un momento concreto, en un tiempo concreto. Aquí estoy yo, nuevamente, centro del paraíso, junto al árbol total emblema de la vida, junto al árbol bastión que da la ciencia, porque eleva su tallo hasta explotar frondoso en las palmas de Dios, de quien procede.

Toda fiesta es lugar donde Dios manifiesta su grandeza, o donde el hombre se alza preguntando, rogando, agradeciendo, pues antes de los hombres ya era Dios, y antes de los dioses ya era Dios, y después de los hombres, y después de los dioses.

Cuando el hombre se vio que tras el rayo, la lluvia o la alimaña seguía en pie junto a su palafito, su cabaña o su cueva, alzó los ojos hacia el sol que prendía las cimas de los montes, o hacia la hermosa luna, y festejó cantando que aquello sucediera. Cuando el hombre vio que nuevamente la cosecha le entregaba su fruto, o que la caza cruzaba el territorio año tras año por las mismas veredas, se supo agradecido; y ya fue agradecido tras la siembra, tras la recolección, antes de que el invierno le acortara la luz, y fue

la fiesta celebración, hierofanía, altar cercano al rito, orden de realidad de lo sagrado, concreción puntual, punto de encuentro entre el hombre y todo lo magnífico, lo tan distinto, lo tan desconocido, que sobrecogedoramente le advenía como razón de Dios, lo inalcanzable.

Y fue la fiesta un tiempo más allá del tiempo cotidiano, tiempo sagrado frente a tiempo profano, rito de iniciación en una nueva forma de entender el entorno, de entenderse a sí mismo, y de entender que existe quien, sin nombre, da nombre al hombre y razón para que el hombre nombre así a lo que halle dentro y alrededor y sobre el mundo.

Y fue la fiesta cíclica ruptura, paréntesis restaurador del tiempo primigenio. El tiempo de la fiesta no transcurre, que en ella fundamenta su razón inicial. A partir de la fiesta empieza todo porque en esa realidad humana transignificada, llevada más allá de sí misma, más allá de su ser cotidiano, se recupera el tiempo original, se interrumpe lo ordinario, y al igual que el edificio de un templo rompe el espacio civil de la ciudad proponiendo una súbita llamada de atención sobre lo eterno, el tiempo de la fiesta apela a lo perpetuo, deviene en iniciático e irrumpe en nuestra vida como renacimiento que nos permite saborear el agua transparente, purificada, nueva, desde una garganta transparente, purificada y nueva.

El tiempo nuevo recrea un mundo nuevo desde el centro de su paisaje curvo. Todo es nuevo porque es renovado, y todo es viejo porque es cíclicamente repetido. La fiesta religiosa es sinónimo de regeneración. El tiempo de la fiesta es tiempo del origen. El hombre que la vive conmemora un hecho que fue mítico y, al hacerlo, se vuelve contemporáneo de él y lo trae al presente, y lo vive, y lo comparte volviéndolo a vivir y a compartir año tras año.

El final del verano es razón de comienzos. Todo se aquieta y se restaura. Los hebreos conmemoran por estas fechas el año nuevo, y algo hay de eso también para nosotros. Alejada de ferias, esta fiesta nos toca el corazón sencillamente, sin nada que diluya su exaltación cristiana. Es fiesta de interior, pareja al sereno carácter de nuestras gentes. Como el paisaje que nos rodea, esta fiesta apela a la doble pulsión que nos caracteriza: la mirada a lo alto y la mirada a lo hondo, que parece que entre el Dios que se despliega magnífico en la inmensidad de la bóveda estrellada, y el Dios que se manifiesta en lo más diminuto e intocado de nuestra almendra interior, no hubiera puesto la Mancha obstáculo ninguno: todo es territorio sin límites para que se abra la magnifi-

cencia de Dios, todo es cúpula infinita en la que rompe su risa cubriendo nuestros campos con el maná impagable de cada amanecida. Si toda tierra fue señalada por el dedo de Dios para ser como ha sido, en esta tierra Dios puso su mano, aquí nos dejó el peso, la forma y el hueco, la huella de su palma descansando sobre tanta llanura, que no otra cosa es la Mancha sino un trozo de tierra alisado por la mano de Dios que aún conserva la impronta horizontal del gesto primigenio.

Catorce de septiembre. Nuestro Padre Jesús en medio de la Mancha. Nuestro Padre Jesús del Perdón. Uno quisiera, lanzándose a la calle, retener esta fiesta en otros años, cuando la vida le era aún amable y no le había dado tiempo a tanta sinrazón y tanta ausencia. Uno ve el devenir de un mundo que nos va arrebatando jirones de alegría, y se esfuerza en plantarle buena cara a tanto anochecer consecutivo con tan escasa aurora entre las noches. Y gira la cabeza, y ahí está nuestro Padre Jesús, y uno se vuelve niño para besarle el pie viernes tras viernes y escuchar embobado cómo alguien le relata nuevamente la hazaña de aquel párroco que supo detener a los franceses con un trozo tallado de madera desde cuyo interior miraba Dios, igual que mira ahora desde este Nuestro Padre Jesús testigo de la Historia, y de nuestra pequeña historia cotidiana.

La madera es distinta, y la carroza,
y el oro del cordón, y la postura,
y el tamaño tal vez, y la dulzura
del gesto, y la tristeza que desbroza
el aire entre él y tú. Casi te roza
su aliento, su sudor, la calentura
del pesar. Es distinta la figura
y la ensamblada cruz de doble toza.
Distinto es lo que ves, no quien te mira.
No prende el fuego un corazón que expira,
la mirada de un Dios que se derrama.
Mira a Jesús arder. No se consume.
Cristo es lo que tu amor ardiendo asume.
Dios está en tu recuerdo de la llama.

Dios está en tu recuerdo de la llama,
lo que ves a pesar de tu ceguera.
Cuando no está, su hoguera es la frontera
que al fuego enfría y al granizo inflama.
Dios es lo que no es: canela en rama,
palabra en rama y rama en primavera;
dulce savia en sazón, flor de madera
que de cruz se desnuda y se proclama.
Dios nos toca la herida con su mano;
Tomás de nuestra niebla, Dios transita

por entre nuestra duda y nuestro olvido.
Humano Dios, divino Cristo humano:
abriéndonos de par en par la espita
que nos llena las venas de sentido.

Sentido el de la fiesta, el de esta fiesta, capaz de hacernos regresar al pueblo a quienes, aun estando tan distantes, hallamos en Jesús, en la fiesta de Jesús, referencia permanente de nuestro retorno. Es como la Jerusalén de nuestras vidas, la añoranza de lo que al alejarnos dejamos detenido, no olvidado, esperando el momento del reencuentro. Siempre se vuelve por Jesús o, al menos, siempre se espera, se desea y se confía en volver por Jesús, como si en ese deseo ya estuviera contenida la semilla de la recuperación de un tiempo y un espacio que dejamos y al que quizás nos gustaría regresar como a la página de un libro que nos aguarda en el mismo punto en que nos detuvimos. Pero aunque ni el tiempo, ni el espacio, ni nosotros seamos ya iguales (¿quién puede mirar dos veces el mismo río?), sí permanece intacta la emoción.

Poca sobrepelliz tiene esta tierra acostumbrada a compartir caldero, hoguera o emparrado. Poca propina añade a lo que de esencia valga la pena conservar. La Mancha: raíz y pozo... y corazón y cielo hasta cansarse.

Uno, que se ha curtido en otras tierras, y que ha hecho del mar su horizonte más próximo, piensa si no habrá sido este buscar el mar, el buscar la tierra madre nuevamente que, ocre o azul, la horizontalidad es su paisaje. Manzanares del mar, mar de la Mancha, cómo huelen a mar tus jaraíces y cómo suena el mar cuando los trigos rizan sus crestas como espuma. A veces, en Barcelona o en Palma, mirando el horizonte de tanta agua sin límite uno se ha sentido transportar creyendo ver que a lo lejos aparecía la torre de la iglesia en pleno mar.

Pero estamos aquí para anunciar la fiesta, y la proclamo. Yo proclamo la fiesta proclamando la vida, y llamo a retomarnos nuevamente, congregados en torno a este Jesús, Nuestro Padre Jesús del Perdón que a todos nos hermana bajo su Patronazgo. Él seguirá encabezando el rito de preservar a un pueblo, sólo a base de fe, de amenazas y daños. Y nosotros seguiremos siendo sus hijos, quizás más perdonados que perdonando, siempre a las puertas de un nuevo intento de misericordia, de un nuevo volver a empezar.

Pasaremos como pasan los años, y otros vendrán a sernos palabra y auditorio, pero él seguirá ahí, indomne en su mirada, eje real de un pueblo que ar-

ticula su realidad en torno a esta presencia permanentemente.

Nuestro Padre Jesús de la Templanza,
Nuestro Padre Jesús de la Agonía,
Nuestro Padre perdón en la porfía,
Nuestro Padre refugio en la añoranza.
Nuestro Padre... ¡Jesús, cuánta tardanza
en llegar el milagro todavía,
el milagro pequeño, la alegría
que nos disuelva la desesperanza!
Nuestro Padre... Fajín, vara de mando,
lienzo morado, cruz de carpintero,
verde cintura y lágrima amarilla...
Míranos a tus pies: un pueblo entero
más de trescientos años esperando
que levantes del suelo la rodilla.

Que levantes del suelo la rodilla
y alces desde la noche la mañana
abriendo en cada frente una ventana
que trueque la penumbra en maravilla
de luz y de razón. Ancha es Castilla
y más ancha la Mancha. Aquí se hermana
el cielo más inmenso con la ufana
y humilde perfección de la semilla.
Ven a no detener tropa ninguna.
Mestizo de patrón y jornalero,
confunde nuestra sangre con tu herida.
Que se mezcle la vid con la aceituna,
que en la muerte no hay nadie forastero,
y nadie es forastero en esta vida.

La vida, la fiesta, la ruca, la rueda... gira el tiempo redondo en torno a la redonda capacidad de gozo, y gira en la metáfora capaz de recrearnos en un espejismo de inmortalidad, tras el que nos asimos a esta parca razón que nos sustenta. Todo es curvo: el tiempo, la ternura, las caricias, la pena. Curva es la sinrazón que nos arrebató a quien queremos, y curvo es el olvido que nos empapa de agua y de vinagre el más vulnerable rincón de la memoria. Es curvo el horizonte y curva la mirada, el gesto de la mano recorriendo un contorno, el hueco que se crea cuando nadie te escucha. Y el llanto en que te vuelcas, y la risa de un niño, y la vida que vuelve con la fuerza terrible que da lo inevitable. El tiempo es curvo como un espejo deformante que te muestra la única verdad: que nadie es como es, sino como es mirado, y nadie es como cree porque nadie es mirado por dos con la misma mirada. Y el ciclo se repite, y la curva que gira germinando semillas y elevando los tallos y abriéndolos en flor y culminando en fruto, esa curva

nos vuelve a ofrecer el principio: la danza se inaugura, y con ella la fiesta, y con ella la vida. Es como si el único motivo de un año entero, su única justificación, hubiera sido la de devolvernos a este momento, víspera iniciática de la fiesta, en la que con el traje estrenamos también toda la vida que nos queda.

Un nuevo otoño adviene con sus frutos, sus aromas y sus tardes cada vez más cortas, y Jesús, la fiesta de Jesús, es la puerta tras la que nos aguarda. Así cerramos el ciclo del calor, y así lo abrimos nuevamente. Agua en movimiento, agua que pasa, agua y polvo, quevedianos agua y polvo enamorados.

Yo proclamo la fiesta proclamando la vida, y a ambas os convoco como celebración que os brote desde dentro: ensanchad vuestro pecho, vaciad vuestros bolsillos y dad al corazón la tarde libre, que vuelva a enamorarse de esta luz de septiembre como si de nuevo tuviera quince años. Abríos a la fiesta y retenedla luego. Que no pase la fiesta aunque pasen los días. Anudadla a las llaves, dejadla en la guantera, en el bolso de estreno, junto al libro de texto que os llegará muy pronto, junto al nuevo recibo del teléfono. La fiesta en el cajón de la mesilla de noche, la fiesta en la cocina, en el taller y, sobre todo, en la actitud: la fiesta en la esperanza, la fiesta en la intención de hallarle a cada día lo que cada día tiene de domingo. Santificar la vida convirtiéndola en fiesta, llenándola de ángeles que alegren el lugar en que estemos.

Yo os deseo que no pase la fiesta aunque pasen los días, y que nunca perdamos la hermosa tradición de agruparnos en torno a Nuestro Padre Jesús del Perdón al llegar estas fechas, la hermosa tradición que nos convierte, hermanos de Jesús, en un poco mejores en esta fiesta suya. Vividla en paz y compartidla. Y permitidme que reconozca que

Terminado el pregón, el pregonero envuelve sus palabras con cuidado, que delgadas las dio y han regresado enriquecidas de emoción. No quiero dejar de agradecer, siendo sincero, que igual que el cazador vino en cazado me siento pregonero pregonado, que esperando en Jesús no desespero. Mejor que este pregón: vuestra mirada, vuestra atención, vuestra ilusión callada, mi dicha al encontrar por estos lares tanta amistad y tanta luz. Pregón el que me dais. Vosotros me anunciáis de corazón las fiestas del Patrón de Manzanares.